

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

... "y concebí una federación de ideas." — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", — repitió Sarmiento.

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. — Bolívar.

Exterior:

Suscripción anual:

\$ 5 dólares

Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.

Teléfono 3754

Correos: Letra X

J. García Monge

Editor

En Costa Rica:

Susc. anual: ₡18.00

Tres poetas modernistas de Guatemala

Félix Calderón Avila

Colaboración de Carlos WILD OSPINA

(Concluye. Véanse las dos entregas anteriores)

1

La existencia física de este poeta huehueteco comprendió un corto lapso: nació en 1891 y murió en 1924. Vivió lo preciso para apurar la copa de cuasia de su destino infortunado y dar su canto en el semidesierto espiritual de Centroamérica. Su obra, como su vida, fue breve: dos volúmenes: uno, primigenio — *Lira altiva* — y el otro una antología que tengo a la vista: *Cantos de América*. En este pequeño libro recogió los poemas suyos que consideró mejores o por los que sentía predilección. Ejecutó esa amable tarea poco antes de su muerte. En *Advertencia* preliminar escribió: "Hubiera querido, antes de emprender la última jornada, ver impresas en un solo volumen estas composiciones que llenaron de ilusión muchos días de mi vida, y que no tienen otro mérito que el de mi empeño por dejar en ellas lo mejor de mi pensamiento y de mi corazón. Fue mi deseo... que a pesar de su variedad, tuviese el libro una sola armonía espiritual". Como si hubiera dicho: un ramo de rosas recogidas, con humildad y unción, en los jardines de la tarde, en la hora de la despedida...

¿Su fe artística? El mismo la expone en dos párrafos de aquella *Advertencia*: "No creo en la literatura erótica ni en sugestivismo que se queja o reproduce estados particulares del alma, cuando ambas expresiones no son una parte del todo universal a que pertenece el sentimiento humano. Debo hacer constar para la crítica, que en su mayoría estas composiciones son producto de mis años juveniles, pues, a excepción de nueve o diez, todas fueron escritas entre 1914-16. El mutismo de los últimos tiempos se debe a una rigurosa prescripción médica, y también a haberlos vivido en un país que, si bien ofrece el ambiente más amplio al escritor nativo, es desconsoladoramente árido para el poeta de otras razas". Tales palabras, amargas y verdaderas por cuanto señalan la característica incomprensión yanqui para lo extranjero, están datadas en Los Angeles, California, en el otoño de 1923.



Félix Calderón Avila

El culto escritor y abogado Adrián Rencinos dió, en dos páginas también preliminares del libro, sucinta y acertada noticia de la obra y la personalidad de Calderón Avila. Son dignos de reproducirse los siguientes conceptos: "Nació este cantor de la América Hispana bajo infaustos signos de dolor y tristeza. Su madre murió joven, su niñez fue breve y sola, y a la edad en que a otros comienza a sonreírles la vida, él había apurado todas las amarguras... Sus primeros cantos estaban empapados del suave escepticismo del autor de las *Rimas*. La lucha por la existencia cambió su temperamento y la injusticia le arrancó valientes cantos. La grandeza de sus *Andes* nativos, las nobles acciones de los hombres, el destino del continente americano, donde vive y lucha una raza nueva y pujante, en marcha hacia un porvenir glorioso, fueron la fuente de su inspiración heroica... Grave enfermedad minó su existencia; una esposa fiel, invgen del amor y la piedad, fue toda la alegría de su vida. Durante años esperó el retorno de la salud para crear la obra

poética que sentía en su alma y no podía expresar... Poco antes de morir el poeta, me envió el libro que publico hoy, cumpliendo su postrera voluntad".

2

En vísperas de partir Félix a California, asido a la última esperanza de curación, estreché mi amistad con él hasta los cálidos lindes de la intimidad. En sólo unas pocas visitas que le hice en la capital guatemalteca, llegándome hasta su alcoba de solitario — su esposa estaba a la sazón ausente — fraternizamos como si nuestro conocimiento viniera desde la infancia. Bastó con que cada uno abriese su corazón al otro, abandonando las reticencias mentales tan comunes entre hombres de letras. Comprendí que Félix era un espíritu ingenuo, claro y profundo, dotado de una gran capacidad para amar y sufrir: artista nato, dueño y víctima de su sensibilidad delicadísima, poseedor de un fácil dominio sobre lo que hoy llamamos la técnica de la forma y la expresión literarias; y en aquella hora, nostálgico de sol bajo los umbrales de la noche, cartujamente entregado al cultivo de su huerto poético en la muda compañía de la muerte...

Recuerdo que alguna vez me dijo. — Sé que voy a partir pronto; pero deseo permanecer en la tierra lo suficiente para plasmar en palabras lo que aún me queda dentro: mi verdadera poesía, la que ha estado siempre en mí sin lograr realización completa... Como los artistas auténticos del verbo, se querellaba de la deficiencia del lenguaje, incapaz de manifestar exhaustivamente los contenidos del espíritu. Platicamos de ocultismo oriental y de metafísica moderna, muy en boga entonces. Le ilustré acerca de la Yoga hindú, según mis someros conocimientos, y él se mostró ávidamente interesado por esas concepciones de vida superior y los métodos para conquistarla. Hablamos de taumaturgia antigua, sobre todo de la cristiana. Y, naturalmente, nos detuvimos en nuestro tema favorito. Era él fervoroso creyente en la poesía, en su esencia divina y en su misión trascendental sobre el mundo — condición que ya señalé en los dos altos poetas que preceden a Calderón Avila

(Concluye en la página 173)